

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA EXIGENCIA NÁHUATL DE UNA FUNDAMENTACIÓN DEL MUNDO

Hemos encontrado al tratar de los problemas descubiertos por el pensamiento náhuatl un texto en el que, después de proponerse la pregunta sobre cuál es la *verdad* del hombre y de sacar la conclusión de que, si éste carece de *verdad*, nada de lo que se piensa o se afirma en los cantos podrá ser verdadero, abruptamente pasa a plantearse en forma universal y abstracta las dos cuestiones siguientes:

¿Qué está por ventura en pie?
¿Qué es lo que viene a salir bien?⁶

Y ya se ha visto también, por medio de un análisis lingüístico, que fue precisamente esa preocupación por el “estar en pie” (tener cimientamiento o raíz) respecto de las cosas y del mundo lo que, por un cambio semántico, llevó al concepto de *verdad*.⁷

Era, pues, precisamente la *verdad* del mundo y su destino, o *salir bien*, lo que preocupaba a los *tlamatinime* que se plantearon esas preguntas. Juzgando sin duda que este mundo en el que hasta “el oro y el jade se quiebran” más bien parece un sueño, y no tiene en sí mismo el buscado fundamento, inquirieron acerca de su verdad, en el plano metafísico: *topan*, en el mundo de “lo que está por encima de nosotros”.

Tal orientación metafísica, tomada desde un principio por la cosmología náhuatl, no debe extrañarnos en manera alguna, ya que, si recordamos la historia del pensamiento griego, nos encontraremos con que le es también característico este mismo sesgo metafísico, no exento de un cierto tinte de religiosidad que, comenzando

⁶ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 10v; AP I, 14.

⁷ Véase lo dicho al comentar en el capítulo I el último de los textos aducidos al tratar la *problemática náhuatl*, p. 61.

con Tales, lo hace afirmar que “todo está lleno de dioses” y, concluyendo con Aristóteles, lo lleva a sostener que el motor inmóvil del universo es precisamente la divinidad. Y la razón de esto es que, como ya lo hemos dicho, citando a W. Jaeger, la historia de la filosofía no parece ser sino “el proceso de progresiva racionalización de la concepción religiosa del mundo implícita en los mitos”.⁸

Siendo, pues, nuestro empeño descubrir precisamente los comienzos de este proceso entre los nahuas, analizaremos aquellos textos que por primera vez ofrecen la respuesta a las preguntas planteadas por ellos mismos sobre qué es lo que explica el origen y la fundamentación del mundo y de las cosas. Y aun cuando en no pocos textos y narraciones de los primeros cronistas misioneros hallamos mención de la respuesta forjada por los *tlamatinime* o sabios, creemos que en ningún otro lugar podría tal vez encontrarse tan clara y adecuadamente expresada como en una vieja narración conservada en los *Anales de Cuauhtitlán*. En ella se atribuye simbólicamente a *Quetzalcóatl* —dios, héroe cultural de los toltecas— el hallazgo de la solución buscada. Se señala, con la vestidura del mito, que este descubrimiento es precisamente fruto de la sabiduría, representada por *Quetzalcóatl*:

- 1 Y se refiere, se dice
- 2 que *Quetzalcóatl* rogaba, invocaba, hacía su dios a algo (que está) en el interior del cielo.
- 3 A la del faldellín de estrellas, al que hace lucir las cosas;
- 4 Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne;
- 5 la que está vestida de negro, el que está vestido de rojo;
- 6 la que ofrece suelo (o sostiene en pie) a la tierra, el que la cubre de algodón.
- 7 Y hacía allá dirigía sus voces, así se sabía, hacia el lugar de la Dualidad, el de los nueve travesaños con que consiste el Cielo...⁹

⁸ Werner Jaeger, *op. cit.*, t. I, p. 172-173.

⁹ *Anales de Cuauhtitlán*, en *Códice Chimalpopoca*, publicado en fotocopia y con versión al español por el licenciado Primo Feliciano Velázquez, f. 4. La versión que ofrecemos ha sido hecha *ex profeso*, ya que la publicada por el licenciado Velázquez se aleja demasiado del texto náhuatl. *AP I*, 15.

Comentario del texto:

Línea 1. *Y se refiere, se dice.*

Claramente se indica con estas palabras que se trata de algo conocido por tradición. Muy probablemente “se refería y se decía”, lo que a continuación sigue, en el *Calmécac* o escuela de estudios superiores, en donde la enseñanza se llevaba a cabo “contando” (*pohua*), como decían en náhuatl, lo descrito en los códices.

Línea 2. *que Quetzalcóatl rogaba, invocaba, hacía su dios a algo (que está) en el interior del cielo.*

“Hacía su dios a algo...”, *mo-teo-tiaya*, palabra que literalmente significa *deificaba algo para sí*, o sea, “buscaba para sí a ese dios” que vivía en el interior del cielo.

Línea 3. *A la del faldellín de estrellas, al que hace lucir las cosas.*

No siendo nuestro tema en este capítulo analizar la idea náhuatl de la divinidad, solamente señalaremos que son estos títulos pareados las formas más usuales con que se designa en su doble aspecto a *Ometéotl*: dios de la dualidad o del dúo que, como en seguida se indica, vive en “el lugar de la dualidad” (*Omeyocan*).¹⁰ Los dos primeros nombres con que se designa al principio dual: *La del faldellín de estrellas (Citlalinicue)* y *Astro que hace lucir las cosas (Citlallatónac)*, se refieren obviamente a la doble acción de *Ometéotl*, cuando por la noche hace brillar las estrellas, y cuando de día, identificado con el sol, es el astro que da vida a las cosas y las hace lucir.

Línea 4. *Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne.*

Más claramente aún aparece aquí la ambivalencia de *Ometéotl*: es a un tiempo Señora y Señor de nuestra carne (de nuestro sustento): *To-naca-cíhuatl, To-naca-tecuhtli*.

¹⁰ El designar al principio ambivalente que mora en *Omeyocan* (lugar de la dualidad) con el título de *Ometéotl* (dios dual) no es invención nuestra. Existen varios textos nahuas en los que nos encontramos con que se le da este nombre especialmente cuando se le está designando como principio generador universal. Véanse, por ejemplo, los lugares siguientes: Ms. *Cantares mexicanos*, f. 35v; *Historia tolteca-chichimeca* (Anales de Cuauhtinchan), edición facsimilar de E. Mengin, p. 33.

Línea 5. *la que está vestida de negro, el que está vestido de rojo.*

La que está vestida de negro: tecolliquenqui; el que está vestido de rojo: yeztlaquenqui. Literalmente quiere decir: vestido de (color) de sangre. De nuevo los mismos aspectos del dios de la dualidad: la noche y el día, negro y rojo, colores que yuxtapuestos evocan asimismo la idea de sabiduría, como ya se ha indicado al describir la figura del *tlamatini*.

Línea 6. *la que ofrece suelo (o sostiene en pie) a la tierra, el que la cubre de algodón.*

En esta línea se encierra la respuesta al problema de qué es lo que sostiene en pie a la tierra. Es el principio dual, descubierto por la larga meditación simbolizada en la figura de *Quetzalcóatl*. Es *Ometéotl* (dios de la dualidad) quien en su doble forma femenino-masculina: *tlallamánac*, ofrece suelo a la tierra, y *tlallíhcatl*: viste de algodón a la tierra. Cuando en el capítulo siguiente se estudien directamente los rasgos característicos de *Ometéotl*, dios de la dualidad (Señor y Señora de nuestro sustento), se verá cómo no obstante ser claramente un solo principio, una sola realidad, por poseer simultáneamente dos aspectos: el masculino y el femenino, es concebido como núcleo generativo y sostén universal de la vida y de todo lo que existe. Pero de esto nos ocuparemos después. Aquí nos basta haber mostrado que en él se descubre el apoyo que mantiene en pie a la tierra, así como la fuerza que produce los cambios en el cielo y las nubes, tan plásticamente descritas como “lo que cubre de algodón a la tierra”.

Línea 7. *Y hacia allá dirigía sus voces, así se sabía, hacia el lugar de la Dualidad, el de los nueve travesaños con que consiste el cielo.*

Expresamente se menciona aquí el lugar del origen cósmico: el *Omeyocan*, “sitio de la dualidad”, que se afirma está arriba de los “nueve travesaños” que forman los cielos. Notamos de paso que en otros textos, en vez de nueve, se afirma que son doce o, más comúnmente, trece los dichos cielos.

Nadie mejor que *Quetzalcóatl* podría simbolizar entre los nahuas el ansia de explicación metafísica. Su figura, evocadora de mitos, hace pensar en su sabiduría, en su búsqueda de un más allá,

cuando, cayendo en la cuenta de que en esta vida existe el pecado y se hacen viejos los rostros, trató de irse al oriente, hacia la tierra del color negro y rojo, a la región del saber. Aquí lo encontramos todavía en Tula, en su casa de ayunos, lugar de penitencia y oración, a donde se retiraba a meditar. Invocaba, como dice el texto, y buscaba la solución deseada, inquirendo acerca de lo que está en el interior del cielo. Allí, como hemos visto, descubrió su respuesta: es el principio dual, el que a “la tierra hace estar en pie y la cubre de algodón”.

Mas *Quetzalcóatl* no sólo halló en su meditación a *Ometéotl* ofreciendo sostén a la tierra, sino que lo vio vestido de negro y de rojo, identificado con la noche y el día. Descubrió en el cielo estrellado el faldellín luminoso con que se cubre el aspecto femenino de *Ometéotl* y, en el astro que de día hace resplandecer a las cosas, encontró su rostro masculino y el símbolo maravilloso de su potencia generativa. El mundo, el sol y las estrellas reciben su ser de *Ometéotl*; en última instancia todo depende de él. Pero hay que notar, no obstante, que este principio radical, este dios viejo (*Huehuetéotl*), como a veces también se le llama, no existe él solo, frente al universo. Es en su función primordial generativa “madre y padre de los dioses”,¹¹ o sea que es origen de las demás fuerzas naturales divinizadas por la religión náhuatl. Dando apoyo al mundo, está *Ometéotl* (dios de la dualidad):

- 1 Madre de los dioses, padre de los dioses, el dios viejo,
- 2 tendido en el ombligo de la tierra,
- 3 metido en un encierro de turquesas.
- 4 El que está en las aguas color de pájaro azul, el que está encerrado en nubes,
- 5 el dios viejo, el que habita en las sombras de la región de los muertos,
- 6 el señor del fuego y del año.¹²

¹¹ *Madre de los dioses, padre de los dioses: el dios viejo, in teteu inan in teteu ita, in Huehuetéutl*. Así es designado expresamente por los informantes de Sahagún. Fotocopia del libro VI del *Códice florentino*, en poder del doctor Garibay, f. 34r y su paralelo en f. 71v (material náhuatl correspondiente al capítulo XVII del libro VI de la *Historia* de Sahagún).

¹² *Códice florentino, loc. cit.; AP I, 16.*

Comentario del texto:

Línea 1. *Madre de los dioses, padre de los dioses, el dios viejo.*

Se enuncia, desde luego, el doble aspecto del principio cósmico (el dios viejo), sostén universal: es madre y padre. Generando y concibiendo en sí mismo, da origen a cuanto existe y, primero que nada, a los dioses.

Línea 2. *tendido en el ombligo de la tierra.*

Tendido en el ombligo de la tierra: in tlalxicco ónoc. Analizando el interesante locativo *tlal-xic-co*, se ve que está formado por la desinencia de lugar *-co* (en); el radical de *xic-tli* (*ombligo*); y *tlal-(li)* (tierra) que, sin glosa alguna, significa “en el ombligo de la tierra”. Señalado dicho sitio como punto donde está tendido (*ónoc*) *Ometéotl*, se está indicando que sustenta al mundo, viviendo precisamente en lo que es su centro, entre los cuatro rumbos cardinales que, como veremos, se asignan a los otros dioses engendrados por él.

Líneas 3-5. *metido en un encierro de turquesas. El que está en las aguas color de pájaro azul, el que está encerrado en nubes, el dios viejo, el que habita en las sombras de la región de los muertos.*

Se afirma en estas líneas la omnipresencia de *Ometéotl*: está en *Omeyocan*, en el ombligo de la tierra, en su encierro de turquesas, en medio de las aguas, entre las nubes, en la región de los muertos. ¿Puede esta afirmación, que encuentra eco en otros textos, inducirnos a afirmar, como lo hace Hermann Beyer en su trabajo citado en la Introducción, que la tendencia más fuerte del pensamiento náhuatl se dirigía hacia el panteísmo?¹³ En el capítulo siguiente, al ocuparnos más directamente de la divinidad como la concibieron los *tlamatinime*, trataremos de dilucidar este punto.

Línea 6. *el señor del fuego y del año.*

El señor del fuego y del año: Xiuhtecuhtli. Es éste otro título de *Ometéotl*. Brevemente resume así Clavijero los varios aspectos de *Xiuhte-*

¹³ Hermann Beyer, “Das aztekische Götterbild Alexander von Humboldt’s”, en *Wissenschaftliche...*, p. 109-119.

cuhltli: “señor del año o de la hierba, era el dios del fuego, al cual llamaban también *Ixcozauhqui* que significa semblante amarillo”.¹⁴

Dando así apoyo a la tierra, desde su ombligo o centro, deja luego *Ometéotl* actuar a los dioses —a las fuerzas cósmicas que ha generado— siendo su madre y su padre, como dice el texto citado. De acuerdo con la antigua relación de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*,¹⁵ cuatro fueron los primeros dioses, desdoblamiento inmediato del principio dual:

- 1 Este dios y diosa engendraron cuatro hijos:
- 2 al mayor llamaron Taclauque Teztatlipuca (*Tlatlahuqui Tezcatlipoca*), y los de Guaxocingo (*Huexotzinco*) y Tascala (*Tlaxcala*), los cuales tenían a éste por su dios principal, le llamaban Camastle (*Camaxtle*): éste nació todo colorado.
- 3 Tuvieron el segundo hijo, al cual dijeron Yayanque (*Yayauqui*) Tezcatlipuca, el cual fue el mayor y peor, y el que más mandó y pudo que los otros tres, porque nació en medio de todos: éste nació negro.
- 4 Al tercero llamaron Quizalcoatl (*Quetzalcóatl*), y por otro nombre Yagualiecatl (*Yoalli Ehécatl*).¹⁶
- 5 Al cuarto y más pequeño llamaban Omitecitl (*Omitéotl*), y por otro nombre Maquezcoatl (*Maquizcóatl*), y los mexicanos le decían Uchilobi (*Huitzilopochtli*), porque fue izquierdo, al cual tuvieron los de México por dios principal, porque en la tierra de do vinieron le tenían por más principal...¹⁷

¹⁴ Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, t. II, p. 79.

¹⁵ Es éste, como ya se indicó en las fuentes, un manuscrito cuyo probable autor —en opinión de Garibay y otros varios— es fray Andrés de Olmos. De cualquier manera, su antigüedad no puede ponerse en duda, así como tampoco el hecho de haber sido redactado tomando como base pinturas o códices antiguos y primitivos textos en náhuatl.

¹⁶ El color característico de *Quetzalcóatl*, *Yoalli-ehécatl*, noche-viento, en cuanto dios del occidente es el blanco. *Huitzilopochtli*, a su vez, ocupa aquí el lugar del primitivo *Tezcatlipoca* azul por una trasposición azteca, al tiempo de la quema de los antiguos códices ordenada por Itzcóatl y Tlacaélel, y de la que se tratará en el capítulo V de este libro.

¹⁷ *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en *Nueva colección de documentos para la historia de México* (publicada por Joaquín García Icazbalceta), III, Pomar-Zurita, Relaciones antiguas, p. 228-229.

Estos cuatro dioses constituyen, como vamos a verlo, las fuerzas primordiales que ponen en marcha la historia del mundo. Desde un principio, el simbolismo de sus colores —rojo, negro, blanco y azul— nos permitirá seguirlos a través de sus varias identificaciones con los elementos naturales, con los rumbos del espacio y con los periodos de tiempo que estarán bajo su influencia. Porque con los cuatro hijos de *Ometéotl* entrarán de lleno en el mundo el espacio y el tiempo, concebidos no como un escenario vacío —unas meras coordenadas— sino como factores dinámicos, que se entrelazan y se implican para regir al acaecer cósmico.

La misma *Historia de los mexicanos* nos ilustra acerca de sus primeras actividades como creadores del fuego, del sol, de la región de los muertos, del lugar de las aguas, allende los cielos, de la tierra y los hombres, de los días y los meses y, en una palabra, del tiempo. Y esto que a primera vista parece contradecir la versión dada por los informantes de Sahagún arriba citada, donde se dice que *Ometéotl* mismo es quien vivifica y da cimiento a todas esas realidades, de hecho, si se examina mejor, más bien podrá decirse que los nuevos datos la clarifican y completan.

Porque los informantes, hablando del mundo ya existente, dijeron tan sólo que *Ometéotl* le daba apoyo hallándose en su ombligo o centro. Refiriéndose a las aguas, a las nubes y a la región de los muertos, sostuvieron también que en todos esos lugares estaba presente *Ometéotl*, pero no precisaron si fue el principio dual por sí mismo o por medio de las cuatro fuerzas cósmicas (sus hijos) como produjo el mundo de la realidad. Esto es lo que precisamente explica la *Historia de los mexicanos*:

- 1 Pasados seiscientos años del nacimiento de los cuatro dioses hermanos, y hijos de Tonacatecli (*Tonacatecuhtli*), se juntaron todos cuatro y dijeron que era bien que ordenasen lo que habían de hacer, y la ley que habían de tener,
- 2 y todos cometieron a Quetzalcóatl y a Uchilobi (*Huitzilopochtli*), que ellos dos lo ordenasen,
- 3 y estos dos, por comisión y parecer de los otros dos, hicieron luego el fuego, y fecho, hicieron medio sol, el cual por no ser entero no relumbraba mucho sino poco.
- 4 Luego hicieron a un hombre y a una mujer: el hombre dijeron Uxumuco (*Oxomoco*), y a ella Cipastonal (*Cipactónal*), y mandáronles

- que labrasen la tierra, y que ella hilase y tejese, y que dellos nacerían los *macehuales*, y que no holgasen sino que siempre trabajasen,
- 5 y a ella le dieron los dioses ciertos granos de maíz, para que con ellos ella curase y usase de adivinanzas y hechicerías, y así lo usan hoy día a facer las mujeres.
- 6 Luego hicieron los días y los partieron en meses, dando a cada mes veinte días, y así tenía diez y ocho, y trescientos y sesenta días en el año, como se dirá adelante.
- 7 Hicieron luego a Mitlilatteclet (*Mictlantecuhtli*) y a Michitecaciglat (*Mictēcacihuatl*), marido y mujer, y éstos eran dioses del infierno, y los pusieron en él;
- 8 y luego criaron los cielos, allende del treceno, y hicieron el agua,
- 9 y en ella criaron a un peje grande que se dice cipoa quacli (*Cipactli*), que es como caimán, y deste peje hicieron la tierra, como se dirá...¹⁸

Creados ya el fuego y el sol —línea 3—, los hombres y el maíz —líneas 4 y 5—, los días, meses y años —línea 6—, el lugar de los muertos, el de las aguas y el mundo —líneas 7, 8 y 9—, los dioses ponen en marcha la historia del universo.

Identificándose muy pronto el *Tezcatlipoca* rojo con el lugar del oriente, *Tlapalan*, la región del color rojo; el *Tezcatlipoca* negro con la noche y la región de los muertos, situada en el norte; *Quetzalcóatl*, noche y viento, con el oeste, la región de la fecundidad y la vida, y por fin el *Tezcatlipoca* azul —personificado por el *Huitzilopochtli* azteca en Tenochtitlan— ligado con el sur, la región que se halla a la izquierda del sol, cada uno comenzará a actuar desde su centro de acción, situado en uno de los cuatro rumbos del mundo. *Huehuetéotl*, el dios viejo, el principio supremo, observará desde el *Omeyocan* y desde el ombligo de la tierra la acción de los dioses.

Pero la actuación de éstos —como vamos a verlo acudiendo a textos nahuas— es violenta: “los dioses combaten —dice Alfonso Caso— y su lucha es la historia del universo; sus triunfos alternativos son otras tantas creaciones”.¹⁹

¹⁸ *Ibid.*, p. 229-230.

¹⁹ Alfonso Caso, *La religión de los aztecas*, p. 11.